

en aquella Nacion la mayor parte por beneficios pecuniarios? O acaso los infinitos capitanes que compraron sus grados, compraron tambien la ciencia necesaria para enseñar á las demas naciones? Al fin nuestros oficiales empiezan por simples Soldados su carrera, con la denominacion de cadetes; en donde las escuelas les suministran los conocimientos propios de su profesion por tratados dedicados á este efecto de que deben examinarse. Pero demos por supuesto que ya estan dotadas las compañías de oficiales Ingleses; y que hablando una lengua extraña, en terminos confusos y mal aprendidos, empezasen á aplicar el rigor de la disciplina de su Nacion en los reclutas españoles; habra alguno á quien el trato ò la lectura haya dado la menor idea del impaciente caracter español que se persuade facil el desfigurarle con la adquisicion de aquellas qualidades que hacen soportable al Inglés su severa disciplina? El minucioso cuidado con sus armas y prendas de vestuario, la prolixa policia de quarteles, su mortal silencio, y su inmovilidad de estátuas, podrá transferirse á una Nacion, á quien el desprecio de conveniencias è intereses hace negligente por hábito, con tan ardiente imaginacion, y tan poco sufrida por temperamento? No es lo natural que abrumados los individuos con el peso de un rigor, tanto mas odioso quanto que viene de manos estrangeras, aprovechen alguno de los infinitos medios que las circunstancias les brindan para evadirse del trabajo, huyendo de unas provincias á otras, refugiandose á las guerrillas, donde combatirian a su gusto, ó tal vez pasandose á los Franceses, puesto que la grande extension de la España ofrece tanta comodidad para esto? Continuemos no obstante en las suposiciones gratuitas, dando por sentado contra toda probabili-

dad, que se presten al nuevo yugo: Quanto tiempo, y que numero de soldados se proponen disciplinar para que lleguen á ser una masa imponente è irresistible que vaya barriendo, digamoslo asi, los enemigos de la superficie de España? En quanto al numero, no podria baxar este de 150,000 hombres: pues mas de 120,000 juntabamos despues de la accion de Talavera quando los Franceses nos los destrozaron, obligande tambien á retirarse á los Inglés; y el tiempo que se necesitaria para su perfecta instruccion es imposible el computarlo en menos de tres años. Con que tres años mas! Y ya que en este tiempo los Franceses nos dexasen en paz para arreglar bien nuestros negocios, de que tesoro saldria el dinero con que mantenerlo? Seria locura el contar con el de España, en el qual no entran ya ni las contribuciones de sus provincias europeas, ya ocupadas por el enemigo, ya amenazadas y atentas á su particular defensa; ni tampoco de las de America, á quienes tan complicadas intrigas mantienen en un estado de desorden. Con que deberia ser de la Inglaterra, quien al mismo tiempo deberia estar manteniendo en Portugal iguales fuerzas. Mucho hay que dudar por cierto el que sus economistas le aconsejasen este gasto. Pero supongamos tambien al grande Exercito en campaña y al frente del enemigo, pues su objeto por fuerza deberia ser el atacarle. Se podra contar entonces con la libertad de la España....?

Hombres ciegos ò alucinados, á quienes catorce años de fatales exemplos no han desengañado todavia, seria el vuestro el primer exercito de 150,000 veteranos, con perfecta disciplina, bien armados, bien abastecidos de lo necesario, y mandados por acreditados Gefes, á quienes la irracional obediencia que los Fran-

ceses rinden á su Tirano ha conseguido arrollar y desvencer en un dia? Preguntadselo á los primeros soldados del mundo, á esos Prusianos, Austriacos, y Rusos. Ellos os enseñaran el error de fundar tan exclusiva confianza en los grandes exercitos; á estimar en mas una sola chispa del glorioso entusiasmo que reyna en los Españoles; y á seguir el camino que está dictando la naturaleza de esta guerra, que es favorecer la bella disposicion de esos once millones de hombres, sin contradecir su caracter. Favoreced, pues, francamente esa guerra irregular con que desesperan á sus enemigos, esparciendo á manos llenas las armas por tan belicosa tierra. Haced que cada Español se encuentre en el momento de desesperacion con los medios de ofender á su contrario, y ayudadles vosotros oportunamente, reforzando segun convenga sus provincias litorales con el auxilio de vuestras fuerzas maritimas y terrestres, y entonces sereis verdaderamente los bienhechores de la España; asegurando que nunca se vea esta en la dolorosa necesidad de servir de escala á los satelites del Déspota para invadir el feliz territorio de los que ahora estima como sus verdaderos amigos.

Aun se pudiera desmenuzar mas el analisis del pensamiento á que exclusivamente se atribuye la virtud de dar libertad á la Patria; esto es la *organizacion de grandes y disciplinados Exercitos*; aumentando con estos pormenores las pruebas mas claras de su imposibilidad. La urgencia en que nos hallamos, la absoluta carencia de un Erario, y el visible estado, no precisamente de revolucion como lo quieren llamar muchos, sinó de disolucion, pues se hallan disueltos ù obstruidos todos los canales por donde la autoridad pueda recoger en las arcas publicas rentas y contribuciones; todo esto se opone á la reunion, mantenimiento, y equipo

de grandes masas de gente; y el plazo suficiente para conseguirlo lo seria tambien para que el enemigo llegase á no dexarnos ni el terreno necesario para ponerlas en pie. Por consiguiente parece ya ser tiempo de que los gobiernos aliados conciertén nuevos planes de guerra, capaces de dar vida al desanimado sistema de defensa con que lejos de adelantar nos vamos lentamente consumiendo.

Con el fin de contribuir á esto me he atrevido á suministrar el pensamiento anterior que, reasumido ultimamente, consiste en un Exército *expedicionario-maritimo*, embarcado en acomodados transportes, en el numero de veinte mil hombres, compuesto si se quiere de las tres naciones aliadas, y asociando al Gefe Inglés que lo mande los talentos y espíritu conciliatorio del General Español que mejor hubiese acreditado estas prendas. Tal vez la direccion de sus operaciones estaria bien al cuidado de la Regencia de España, pues como centro de las relaciones de la peninsula, está en el caso de señalar los puntos de ataque en que las circunstancias ofrezcan mayor ventaja. Su primer instituto debe ser: jamas hacer frente á fuerzas iguales, sinó retirarse quando supiesen que el enemigo estaba cerca de reunirlos; entonces reconcentrado á tiempo en sus acomodados transportes, que deberian mirar los soldados como su verdadero acampamento, su navegacion deberia dirigirse lo mas pronto posible al punto opuesto, si la retirada del enemigo no proporcionaba el recobrar las ventajas en el mismo. Las instrucciones del General de Marina serian las de no empeñarse en aguantar en la mar contra vientos contrarios, pues nunca debia ser perentorio y fixo el lugar de su destino, á fin de no dispersar los buques ni destruirlos; como tampoco demorarse en las Islas y puntos de arribada



mas del tiempo preciso, para no desperdiciar un dia de alarmar y fatigar al enemigo.

De esta suerte las esperanzas del pueblo español no tendrian ocasion de adormecerse con una larga opresion: siempre se mantendria vivo el entusiasmo; y se aprovecharian todas las ocasiones de correr á las armas. Tal hubiera sido mi dictamen sobre el modo de hacer la guerra desde la ocupacion de Andalucia, aunque se hubiese necesitado emplear en esto los restos de nuestra antigua Marina, y gran parte del dinero de America malogrado y desperdiciado en las plazas, que la repentina presencia de tales fuerzas hubiera socorrido á tiempo, y aun tal vez estorbado las derrotas de nuestro exercito del centro.

Quanto no se podria acreditar la sagacidad, actividad, y valor de un Gefe que mandase con tales fuerzas y proporciones! Y quanto en fin no le deberia la España! y tal vez la Europa entera!

A.









Biblioteca Regional  
de Madrid Joaquín Leguina



\*1345897\*

LONDON

